

JOSE GABRIEL
CEBALLOS

ENTRE EROS Y TANATOS



XIX PREMIO TIFLOS
DE CUENTO

EDITORIAL
CASTALIA
COLECCION
ALBATROS



LA INVASORA

I

Dices: San Juan de las Corrientes.

Dices: año diecinueve. Principios de mil ochocientos diecinueve, aunque todo empezó a mediados del dieciocho.

Cierta exactitud vuelve a tu memoria. San Juan de las Corrientes: Corrientes, tu ciudad natal, por aquel entonces una aldea con cinco o seis mil almas. Aquel verano nefasto, sin orden cronológico, o sólo con el orden implícito en los hechos. Algunos rostros que emergen en el recuerdo. Algunas otras formas.

—No voy a irme sin contárselo, fray Rodríguez —murmuras, separando apenas los labios agrietados por la fiebre.

Tus ojos velados, que parecen querer arrancarse de la cadavérica inmovilidad del cráneo prisionero de la almohada, te muestran que no te hallas ante fray Rodríguez, que quien te escucha es fray Romero, fray Romerito, el joven confesor que elegiste para preparar tu alma para

el viaje, y comprendes que estás en mil ochocientos setenta y pico, en Buenos Aires, que fray Rodríguez pertenece a ese magma que bulle recóndito en tu cabeza vieja.

—Perdona —dices, exhausto, y gimes, mirando el cielo raso—. Perdóname, hijo. Te confundí con alguien a quien quise igual que a ti.

Y tras rumiar la información para abreviarla al máximo posible, dices, o sólo piensas que lo dices, o lo dices sólo a medias: Todos querían adueñarse de Corrientes: los porteños, los paraguayos, Artigas y sus federales, los lusitanos... La revolución que nos emancipó de España había dejado la provincia a la deriva.

Junto a la cama, con el torso pegado al respaldo de la silla y las manos sobre el regazo y enlazadas con el rosario de cuentas blancas, enfrentándote como le enseñaron que se debe enfrentar las agonías ajenas, fray Romero se asemeja a un niño asustado. Su cara redonda y tersa tiene toda la aprensión que corresponde a un cura novato que se apresta a impartir su primera extremaunción.

Y le dices, o por lo menos crees hacerlo: En el dieciocho, Corrientes era federal, territorio de Artigas. Pero los porteños con sus intrigas consiguieron cambiar el gobierno. Y Artigas dispuso que Andresito Guazurary y sus indios

invadieran la ciudad, para reponer al gobernador propietario.

Vuelve a ver los ojos de Melchora Caburú. Su azul le habla sólo a él. Un lenguaje que le hace olvidar el salmo, titubear cuando recoge el hostiario, temblar al tender la vinajera. Que le revuelve el cerebro y desciende por sus nervios hasta sublevarle la verga.

Dobla las rodillas sin doblar casi la espalda, con un dedo engancha el incensario, se endereza. A través del humo devuelve la mirada hacia un costado, donde ella permanece rígida, atenta, magnética, entre Juan Mexías Sánchez y la inglesita Jane Postlethwaite. La piel blanquísima en vivo contraste con la mantilla que baja desde la peineta y con la casaca granate, cuyo escote alberga, sobre rosados encajes, el asomo de unos senos perfectos. Sumida en una gravedad que las manos juntas, con mitones bordados, no consiguen atribuir al rezo. Su locura al aire.

Él se adhiere al Crucificado. Desliza la mirada por los pies nervudos, muy abiertos, los dedos muy separados por el clavo, las piernas escuálidas, los pliegues del paño de pureza. *Ora pro nobis*, murmura. Trata de ayudarse con las resonancias de la voz mujeril que fray Rodríguez expande por el recinto colmado:

Ánima Christi, sanctifica me. Corpus Christi, salva me. Sanguis Christi, inébria me. Aqua láteris Christi, lava me...

Pide que Melchora Caburú desaparezca. Pide concluir la estadía en Corrientes sin rendírsele, volver al convento de Buenos Aires sin una condena irrevocable, poder aún convertirse en fray Desiderio dentro de unos meses. Pide que su ciudad salga de la pesadilla desatada por la indiada. Pide —con remordimientos inmediatos— que el comandante Andresito encuentre hoy mismo la bala que lo enviará junto a Lucifer.

Pero luego baja la vista y teme alzarla nuevamente. Teme que Melchora Caburú lo mire también desde el crucifijo, como en el sueño que lo atormentara anoche. Ya no es el Cordero de Dios quien lo observa. Es ella, con la insania potenciada por el suplicio.

Desiderio Aguirre agacha la cabeza y traga saliva. Su nuez asciende y desciende como si el cuello se le dislocara; su pálido rostro aguileño, recién rasurado, se contrae. Furtivamente verifica que Melchora Caburú sigue allá, hincada en un reclinatorio. Sin embargo, todavía no se atreve a mirar de nuevo hacia la cruz.

Seguramente ella cuelga desnuda y se contorsiona como en el sueño. Una corona de espinas sustituye a la mantilla y a la peineta en la rizosa cabecita. El cuerpo, radiante de albura

y sudor, exhibe heridas, moretones, llagas, algunas sangrantes. Por su firmeza las tetas se mecen apenas. Junto a la izquierda, coágulos oscuros han sellado la perforación del lanzazo. Los pezones se yerguen delatando que aquel retorcerse no responde al mero dolor. El ritmo que adquiere el movimiento y su concentración en la pelvis confirman que a Melchora Caburú la agita el placer. El vientre hundido, tirante, el pubis velludo, de un oro más vivo que el de la cabelleira, los muslos húmedos, reclaman el tacto con urgencia, mientras aquella cópula invisible determina en él una erección.

Debes vencerla, debes vencer tu deseo, se dice Desiderio, sin separar los párpados. Lo repite en el sueño, lo repite ante el altar apelando a sus máximas fuerzas espirituales. Para entregarte a la Santa Madre Iglesia renunciaste a hermosas muchachas honradas. Aprendiste a reprimir con unción y violencias tu virilidad. Lastimaste tu carne hasta enseñarle a limitarse al desahogo espontáneo y oculto por el sueño, lo que asimismo pagas multiplicando oraciones y disciplinas. ¿Vas a dejarte doblegar ahora —tan adelantado en tu senda hacia Dios, cuando ya sólo esperas cumplir la edad legal para formular los votos— por una cuartelera, una china alienada, el ser que se entrega cotidianamente al peor de los asesinos? Piénsalo. En esa carne no existe

una sola partícula no contaminada por el Mal. La sangre con que Andrés Guazurary mancha sus manos impregna cada uno de esos poros. Late allí indeleble, marcando a Melchora Caburú para la eternidad. Y lo peor: esa hembra goza con ello. Redobra su goce al sentir que se le plasman tamañas culpas, al oír entre sus propios gemidos los aullidos de las víctimas de su amo. Por eso su locura. Porque ninguna razón sopor-ta tanto pecado.

En este punto lo asalta una imagen aun más tremenda. Una que su fantasía ha ido puliendo, perfeccionando detalle por detalle, pese a todas las contenciones que él le opuso. Melchora fornicaba con Guazurary. Las manos morenas la recorren con avidez. El blancor acentúa la musculatura labrada en las matanzas. El feo rostro del cacique —redondo, ñato, lampiño, dos ascuas palpitando en la erosión de la viruela— por instantes muestra fiereza, una mueca lasciva, la lengua asomando con bestialidad por entre los desaparejos dientes amarillos, por instantes se esconde tras sus crenchas renegridas. El miembro entra y sale enteramente de Melchora, realiza cabriolas en el aire, se diría que alardea, vibrante su encarnado. Hace algunas semanas que comprendió que cela del cacique. ¡Celos, en él! ¡Celos resistentes incluso a la autoflagelación y a las mordeduras del maíz en las rodillas!